

rosos y dispares atisbos de semejanzas, voluntarias—que son las verdaderas influencias—o espontáneas y meramente casuales en su coincidencia, este gran pintor no siguió deliberadamente a ningún maestro de su tiempo, lo cual proclama la superioridad de su espíritu, en cierta manera reelaborador, con sello subjetivo propio, de cuanto su exquisita sensibilidad aprehendía del ambiente circundante.

Aspecto importante de la técnica de Morales es haber iniciado la tonalidad adecuada en la carnación humana hasta entonces excesivamente subida tanto por los flamencos como por los italianos. Sus cuadros revelan haberse inspirado en tipos representativos de la raza y, más concretamente, de la región; tipos morenos, de penetrante mirada y demás características, que sirviéronle a maravilla como modelo para tantas obras admirables. Síguese de aquí, pues, haber sido también excelente retratista, cosa doblemente meritoria entonces, por descollar a la sazón en el cultivo de tal género insuperados artistas, como Moro y Sánchez Coello, pintores de cámara del monarca. Se ha puesto de manifiesto que sus cualidades de pintor psicológico le hacían especialmente apto para ello, según denota el hecho de que esas figuras tomadas del natural resultarían verdaderos retratos, citándose como ejemplos, en mujeres, algunas de sus interpretaciones de Vírgenes, y en hombres el *San Pedro Penitente*, tabla de la catedral madrileña. En plasmación de una *vera effigies* con intención de legarla como tal a la posteridad, su tabla *El beato Juan de Villegas* es obra maestra digna de ser parangonada con las mejores debidas a los artistas anteriormente nombrados, dado «el colorido propio, sobrio y entonado y el dibujo irreprochable de la cabeza, que se destaca por el efecto de la luz más viva que la ilumina sobre el fondo oscuro monocromático».

Acaso en ningún otro pintor de su tiempo sea tan necesario como tratándose de Morales el análisis detenido de todas sus obras para el trazado de su curva evolutiva y el señalamiento de fases o épocas de la misma, máxime cuando no ha faltado quien crea que, pese a la poca variedad de las creaciones a él debidas, tuvo métodos bastante diferentes. En todo caso, la cronología completa de los cuadros auténticos de Morales resulta de fijación en extremo difícil, impidiendo, por ende, agruparlos convenientemente ya que sólo es posible hallar entre todos ellos algunos constitutivos de jalones precisos.

La primera fase o estilo de las tres principales que se advierten inconfundiblemente en su labor es aquella caracterizada por la notable facilidad y soltura con que representa varias figuras en cada composición, aunque no todas las obras hechas entonces fueran de esta clase. Tormo cita como término de tal período el año 1551, que es cuando Morales hizo los retablos del templo parroquial de Alcántara, de los que hoy sólo quedan restos; obra que con la ya nombrada, *La Virgen de la oropéndola o del pajarito*, constituye la más característica dentro del mismo.

La segunda fase, llamada por algunos de transición, que cabe su-

poner duró menos, fué aquella en que Morales mostróse plenamente renacentista, cualidad patentizada en *La Madona con San Juanito*, de la catedral nueva de Salamanca, y en las seis tablas de Higuera de Fregenal, de fecha desconocida.

En la tercera fase está patente su intención restrictiva, por lo cual son numerosas las composiciones de sólo una o dos figuras, casi siempre de medio cuerpo, que resaltan sus contornos sobre fondos oscuros. Es en estos años cuando Morales ejecuta preferentemente numerosas tablas representativas del *Hecce Homo*, *Jesús atado a la columna* y, principalmente, *La Piedad* o *La Virgen sosteniendo a Cristo muerto*, composiciones, sobre todo la última, que varios críticos erigen en género especial, llamado «piramidal», caracterizado por esa sobriedad de referencia, y que uno, muy notable, de hoy, José María Santa Marina, describe así: «Están resueltas con sólo dos medias figuras. Cristo muerto descansa en el regazo de la Santa Madre, sostenido por sus brazos que le oprimen, apasionadamente, sobre su pecho. La aproximación de las cabezas, en dolorosa y entrañable compenetración, forman la meta de la originación, y vértice de la pirámide; los muslos plegados, del divino cuerpo, hacen la base, y para que la línea de acierto sea más tangible con el breve sudario que los envuelve, busca una rectificación que se complementa, definitivamente, con el movimiento de la mano diestra. Los brazos se desploman trazando los lados, con ritmo de lacerado corazón, partiendo en dos por el sendero sangriento que brota del costado; las manos, en crispante radiación, forman el centro vital del cuadro. El más mínimo detalle, en esta composición, es inamovible, y el claroscuro tan sabiamente dirigido alivia las masas de luz, cooperando al ritmo preconcebido».

Se ha señalado como la culminación perfeccionada de esta última época de Morales *La Virgen de la rueca*, existente en Leningrado, y el grandioso retablo de Arroyo de la Luz.

IDEARIO EXTREMEÑO

El hombre ha nacido para obrar, y la discusión perpetua contradice a la naturaleza humana, siendo, como es, enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo a Barrabás o pidiendo a Jesús resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.

DONOSO CORTES